

## Semblanza de Lorenzo Saval

Afila el lápiz con la parsimonia del torero que calcula un ángulo por donde el presente se deposite en una estancia contigua, ajeno, benigno en su nuevo cáliz de tiempo. Una vez aguzada la punta, bisturí de la luz, con un cigarrillo en la otra mano, y el cierto hieratismo que conviene a quien se sumerge lúcido bajo el manto de los sueños, se aproxima hacia el tapete de grandes hojas donde la blancura aguarda los trazos que la fructifiquen; quizás, en adolescente ilícita a causa del veneno que entre sus pezones destila la edad prófuga; quizás, en un *Hacedor de calendarios*; tal vez, en relato; puede, que en oleaje de espuma y crines; acaso, en reloj con vocación de vagina; quizás, en un trasatlántico obsesivo que hermane las orillas desde las que el gran mago Lorenzo Saval al unísono procede.

Chileno nacido en 1954, llegado al Madrid de los setenta, allí adquirió la necesaria dosis de noche que le otorga esa aureola de canalla dandi nunca venido a menos. Español de ambos mundos, americano de Europa, Lorenzo cultiva la inusual virtud de contaminar a cuantos se aproximen a su verba con ese intacto deje araucano de su habla. Así, después de una hospitalaria conversación junto a María José Amado y Lorenzo, el oyente, deberá revisar su catálogo de frases favoritas y expresiones hechas porque con facilidad Lorenzo y su sonrisa inoculan extrañas prosodias en sus interlocutores que, envenados por esos agradables tonos necesitan el regreso a su charla.

Yo mismo, en cierta ocasión, frente a un comité de jefes con trajes grises, defendí que un importante proyecto “nos venía como dedo al culo” para recalcar su mucha conveniencia. Antes de mi huida, cobarde por supuesto, expliqué que un amigo me había contagiado el dicho durante alguna velada. Desde entonces, disfruto en mi trabajo del prestigio que desprende un hombre con secretos de horas y compañías quizás inconfesables.

Lorenzo no se encarnaría en lago, sino en hélice motora. Su ímpetu creador revuelve el universo. Se levanta del sofá cuando la conversación amiga, anda mientras habla, varía de lugar y, a la vez, toma el vaso que no le pertenece, lo apura, lo cambia minutos más tarde con el de la mesa de enfrente, acumula en breves minutos los mecheros de la concurrencia al fondo de sus tres bolsillos; pero como trueque benéfico a todos compensa con narraciones sobre tío Emilio –como en aquella casa se nombra a Emilio Prados-, de los hermanos Carmona, de Bergamín, de Alberti, de Lou Dubois o de Maruja Mallo. La vida de Lorenzo se enmaraña de forma natural por las madejas que tejen las artes; desde aquellos poemas de Langston Hughes que, cuando niño, Carmen Saval, su madre, le tarareaba en inglés casi como una nana, hasta el giro inflexible que para él supuso la llegada al fascinante Torremolinos de 1974 donde le esperaba el hogar de José María Amado.

Si admitimos como primera época de *Litoral* los números iniciales, como segunda, la resurrección que financia José María Hinojosa, si a éstas sumamos el exilio de México y la cuarta época en que esta preciosa octogenaria es revivida por la ilusión de José María Amado, tendríamos que hablar por coherencia de una quinta época, con transición calma, durante la que esta revista, transformados sus cauces estéticos y temáticos, gobernada con timón seguro por María José Amado e imaginada página a página por Lorenzo, se ha convertido en una obra de arte en sí, en un parque temático privado del que el lector goza bajo la quietud del flexo.

Quizás el futuro no distinga como *Generación Litoral* a aquellos abuelos modernos del 27, sino a los muchos escritores que en estas dos últimas décadas figuran entre los índices de sus artículos o antologías, a quienes pasaron el milenio enrollados sobre su cubierta y cuidaron sus saberes de literatura bajo el signo de un permanente

respeto hacia las páginas de tan lozana publicación y al ilustrador de sus portadas, Lorenzo Saval en rima perpetua con *Litoral*, conducida mediante la senda de sus pinceles, hasta el reconocimiento de la Medalla de Oro a las Bellas Artes.

La naturaleza de esta quinta etapa que me permito nombrar aún a rigor filológico con una actitud lúdica ante las artes tipográficas y visuales, característica constante en los *collages* de Lorenzo. Hace meses, escribí de él que su técnica calcula los detalles para que el espectador no se sienta agredido ante esas visiones personales que no son, en ningún modo, escombros oníricos por donde derivan con tanta frecuencia algunos *collagistas*; los cuadros de Saval han evolucionado en el sentido de que se aproximan a cuantos se acerquen a ellos y, así, la visión tridimensional de sus últimas creaciones naturaliza la escena ante el receptor, que se relaja como si asistiera a un teatro, o se hubiera asomado a una ventana de ensoñación que no se transmuta en pesadilla, sino en visión amable, donde las texturas y colores de los fondos imprimen tranquilidad a las escenas por más terribles que éstas sean. Una visión irónica y, ante todo, un juego que conjure el universo.

Lorenzo conserva intacta su capacidad de diversión, esa que con tanta premura queda exiliada tras las aristas de lo cotidiano, absorbida por los sumideros que escupen tristeza sobre la mañana. Lorenzo se defiende con armaduras de cartón y cuatricromías.

Durante el último verano, diseñó un tablero de *Monopoly* “para humillar a los amigos”, según frase textual confesada durante una tarde de copas en su jardín. Cuando lo depositó ante los cuatro concursantes y tras explicarnos sus peculiares reglas con una irreprimible mueca sádica dibujada en la comisura de los labios, adiviné entre la disposición de aquellas casillas una alegoría sobre la ambición y destino del ser humano. Su inventor, consciente de las pequeñas miserias que mueven los hilos del hombre, transformó las calles en compañías mercantiles emblemáticas, discotecas cuyo nombre llama por sí sólo un sucedáneo del paraíso, playas que enuncian escenas felices en el imaginario colectivo. Dispuso los billetes de estampa propia, las tarjetas de la suerte y los dados enumeraron las melodías de la fortuna.

Yo, que sólo ganaría a la ruleta rusa según mi estrella, decidí ser fiel a mi concepto de la naturaleza humana y compré dos burdeles de mala nota que arrinconados entre los compartimentos evocaban carmines de neón. Gané aquella partida. Lorenzo aún me ruega una revancha que nunca le concederé para que sobre mí luzca la corona de haber sido mejor, al menos, en aquella certera reivindicación del placer carnal donde por caprichos matemáticos, los concurrentes encallaron sus capitales.

Pero no quiero transmitir al lector la imagen de un artista despistado, inmerso en su torre de existencia frívola. Lorenzo es un gran trabajador y un jefe envidiable, como lo demostró, ente otros períodos de su vida, cuando se puso al mando del *Centro Cultural de la Generación del 27*, por él dinamizado con una impronta estética ya indeleble como exhiben para la historia los seis primeros números de *El maquinista de la generación*, las invitaciones y cuadernos que anunciaban los actos, o el concepto escénico de cada lectura poética, acompañada por música y pintura. Yo, enemigo de las citas, quiero escudarme en Don Antonio Machado para incidir en que, por encima de todas sus cualidades, Lorenzo Saval es un hombre, en el buen sentido de la palabra, bueno.

José Luis González Vera